

de él la potestad con que espelia los espíritus inmundos, y obraba milagros divinos entre los hombres; y si no dice, que el espíritu por el cual los ha obrado es su espíritu propio y natural; sea anatema.

10.º Llamando la Escritura á Jesucristo Pontífice y Apóstol de nuestra santa fe; y diciendo que se ofreció por nosotros á Dios Padre en olor de suavidad; si alguno dice en consecuencia, que nuestro Pontífice y nuestro Apóstol no es el Verbo mismo de Dios, después que se hizo carne y hombre como nosotros; sino que es este hombre, que nació de muger, como si fuese distinto del Verbo; ó si alguno dice, que Cristo no solamente ofreció su sacrificio por nosotros, sino también por sí mismo (porque el que no conoció pecado no necesitaba de sacrificio); sea anatema.

11.º Si alguno niega, que la carne vivificante del Señor sea la propia carne del Verbo que procede de Dios Padre; y si dice, que es la carne de otro unido al Verbo en cuanto á la dignidad, y en quien la Divinidad habita simplemente; y si no confiesa, que es vivificante, porque es la propia carne del Verbo que vivifica todas las cosas; sea anatema.

No debe de descontentar que reunamos á este artículo otro pasage de la carta sinodal, en el que confirmando los Padres del Concilio de Alejandría; que la carne de Jesucristo es en verdad la carne del Verbo, nos han dejado una prueba muy terminante á favor de la presencia real del Hombre-Dios en la Eucaristía. Después de sentar por principio, que se anuncia la muerte y la resurreccion de Jesucristo cele-

brando en nuestros templos su incruento sacrificio; „nosotros, añaden, somos santificados participando de la carne sagrada y de la preciosa sangre de Jesucristo; porque no recibimos este alimento como una carne comun, ni como la carne de un hombre santificado y unido al Verbo tan solo en cuanto á la dignidad; ó en quien solo haya morado la Divinidad; sino como una carne vivificante en verdad, y por consiguiente como la carne propia del Verbo, sin el que no seria vivificante.”

El anatematismo duodécimo por fin, es contra cualquiera que tenga la osadía de negar, que el Verbo de Dios haya sufrido; ó sido crucificado segun la carne, y que haya sido el primogénito entre los muertos, en cuanto como Dios es vida y fuente de la vida. Estos son los doce famosos anatematismos de San Cirilo, ó por mejor decir de su Concilio. Parecerá extraña la manera de enunciar algunas proposiciones; pero se exigia una retractacion formal de todas las proposiciones capciosas y mucho mas singulares de Nestorio.

21. Encargado Cirilo de dirigir las diversas cartas del Papa á su destino, envió en diputacion cuatro Obispos de Egipto á Constantinopla, para entregarlas así á los católicos piadosos de aquella ciudad, como á su infame Pastor. Habia llegado antes la que Celestino dirigia á Juan, Patriarca de Antioquia; de modo que tuvo tiempo de advertir á Nestorio; pero si le habia conocido mal cuando vivió con él en Antioquia, el desprecio de estos últimos consejos debie-



ra haberle mostrado de todo punto su carácter impío. Le habia aconsejado, que se precaviese del espíritu de cuestion y rebeldía, en negocios en que el infame orgullo procura desde el principio arrebatarlos tanto que despues nos causa vergüenza retroceder (1). Añadia, que aunque el término de diez dias fijado en la carta del santísimo Padre y Señor Celestino pareciese corto, no obstante era posible hacer quanto prescribia en un solo dia y aun en pocas horas: que hablando de la Encarnacion de nuestro Señor, solo se trataba de usar una espresion segura y fácil de entender, consagrada por muchos santos Padres, y la mas oportuna en verdad para esplicar su nacimiento de la Virgen, tan real como saludable para nosotros: que no debia desecharla como arriesgada, ni avergonzarse de principiar á hacer uso de ella, como si de esta manera principiase á mudar de doctrina; „por que si pensais, añadia dando fin á su carta con el estilo mas tierno y persuasivo, si, como me lo afirman nuestros amigos comunes, juzgais lo que juzgan los Padres y Doctores de la Iglesia, ¿en qué os parais en anunciar la piedad de vuestros sentimientos con una espresion tan propia para ponerlos de manifiesto? Si alguno rehusase creer lo que significa el nombre de Madre de Dios ¿en qué horrible error no caeria? ¿Esto no seria echar por tierra toda la economía del inefable misterio de la Encarnacion, de la Divinidad de Jesucristo, del anonadamiento del Hijo de Dios, que se redujo á la forma de esclavo por su incomprensi-

(1) *Concil. Ephes. part. 1. cap. 25.*

ble caridad para con nosotros? Yo os conjuro, mi muy amado hijo, que considereis y veais esta perspectiva espantosa no ménos que las disensiones que se han movido por causa vuestra; y sabed, que por todas partes conmueven la Iglesia con horror.” Concluye nombrándole muchos Obispos antiguos amigos suyos, y entre otros á Teodoreto, como quien habia tenido parte en esta carta, y ansiaba en gran manera que se pusiese término al escándalo.

22. Gózaba Teodoreto de no menos nombradía por sus virtudes que por su doctrina (1). Diéronle el nombre de Teodoreto, que significa don de Dios, porque su madre, señora mas distinguida por su piedad que por la eminente clase á que pertenecia en Antioquia, obtuvo este hijo despues de trece años de esterilidad por las oraciones de un santo anacoreta. Esta digna madre dió al cielo lo que habia recibido, consagrándole al Señor en un monasterio cabe Apamea; en donde adquirió tanta fama por su erudicion y elocuencia, que contra su voluntad le sacaron á la edad de treinta y seis años para hacerle Obispo de Ciro. Era esta una ciudad muy mediana de la Siria, fundada, segun se decia, por los Judios cuando volvieron de la cautividad de Babilonia, y la llamaron Ciro por el nombre de su libertador. Mas esta Diócesis contenia ochocientas parroquias: estension muy grande para un pais y en unos tiempos en que las Sillas Episcopales eran tantas.

No varió Teodoreto su vida con la mudanza de

(1) *Theo. Phyloth. cap. 3. et seq.*





estado; pues el episcopado no fue para él mas que un aumento de trabajo que no le hizo disminuir en nada los ejercicios de la vida solitaria. Repartió todos sus bienes á los pobres, así que se vió en posesion de ellos muertos que fueron sus padres, sin reservar para sí ni casa ni mueble alguno, no teniendo nunca cosa propia, sino el vestido grosero que usaba. Pero bajo de esta simplicidad exterior sus ideas y su espíritu eran tan grandes como nobles. Se echaba de ver la elevación y grandeza de su ánimo aun hasta en la eleccion de sus buenas obras. Hizo construir dos soberbios puentes, edificó galerías públicas, reparó los baños, hizo un acueducto para traer á la ciudad aguas saludables y abundantes, y restituir el cultivo de las tierras abandonadas. Innumerables fueron sus trabajos evangélicos; solo podemos decir en general y en compendio, que convirtió á millares los hereges de todas las sectas, y hasta diez mil de sola la heregia de los Marcionitas; estinguéndolos en su Diócesis que estaba llena de ellos cuando entró á regirla. A pesar de todo esto predicaba muchas veces en Antioquia, donde parece que pasaba temporadas considerables, sin embargo de ser Obispo: cosa extraordinaria en aquellos felices tiempos. Sin duda se creía que la mansion de un hombre de tal mérito en una ciudad como Antioquia, era de la mayor trascendencia para el bien de la Iglesia.

Se nos presentará ocasion muchas veces de hablar de los escritos de Teodoreto, en los que se nota tanta elegancia, exactitud y profundidad, como variedad

y erudicion; pero sobre todo debemos advertir que la solidéz de espíritu que en todas partes muestra y el fino juicio del autor no nos dan lugar á dudas sobre la verdad de las acciones maravillosas que cuenta de muchos solitarios, aunque por otra parte parezcan increíbles.

Habiendo conocido en Antioquia á Nestorio, y unídose con él en estrecha amistad, el Patriarca Juan se valió del nombre de Teodoreto cuando escribió al novador á fin de reducirle con mas facilidad. No se trataba en esta carta de los anatematismos de San Cirilo, de los que ni Juan ni Teodoreto tenían entonces noticia, y aun los dos los criticaron despues con tanto escándalo; mas respecto á lo esencial de la heregia de Nestorio, parece que siempre la miraron con horror; á lo menos en esta primera exhortacion se dedicaron con las mas rectas intenciones á hacerle pensar y hablar como toda la Iglesia.

23. Pero todo fue en vano: exhortaciones de amistad, amonestaciones de Concilios, nada pudo ganar á un hombre cuyo orgullo no veía mayor humillacion que la de confesar sus yerros. Los cuatro Obispos diputados de Alejandría le entregaron en su Iglesia á presencia del clero y del pueblo la carta sinodal del Concilio de Egipto con la del Papa (1). Contestó con frialdad que volviesen á verle á la mañana siguiente: presentáronse efectivamente los diputados, y se les negó la entrada sin darles contestacion alguna. Nestorio subió poco despues al púlpito, y predi-

(1) *Concil. Ephes. act. 1. pag. 503.*



có su doctrina de costumbre, aunque con algún cuidado, pero declamó fuertemente contra San Cirilo, á quien no nombraba, indicándole por desprecio con el renombre de Egipcio. Al leer los doce anatemas creyó encontrar espresiones por donde acusar al autor de que renovaba los errores de Apolinar. Envió con esta calificación una copia á Juan de Antioquía, quien consultando solo su afecto al novador, aunque en lo substancial condenaba su doctrina, creyó tambien hallar el apolinarismo en la doctrina de Cirilo.

24. Inútil fue que esplicase este los doce artículos, de un modo capáz de borrar los menores vestigios de los indignos coloridos con que se le denigraba. La amistad, mas persuasiva que la equidad, sorprendió al mismo Teodoreto. Este amigo de Nestorio con todos sus conocimientos y virtudes se dejó preocupar de modo por el deseo de justificarle, que trató á su antagonista de una manera muy injuriosa. Le acometió de acuerdo con el Obispo de Antioquía, publicando escritos llenos de hiel y amargura contra los anatemas; y Juan opuso á San Cirilo otros doce, que hicieron concebir de su propia creencia las sospechas menos favorables y menos fáciles de borrar en lo sucesivo. Así pues se disponian con bastante astucia los ánimos contra todo lo que podría hacer Cirilo, acusándole á él mismo de heregía, y de una especie de idolatría que tributaba á sola la humanidad de Jesucristo la adoracion debida á la Persona del Verbo. Mas aunque la maldad no pudo seducir á la mayor parte de los Prelados, pudo al

menos desacreditarle con el Emperador, preocupado muy de antemano desde el principio de este malhadado asunto. Hay una carta muy dura de Teodosio á San Cirilo, en que le acusa de calumniar á sus hermanos, y de mover al rencor y á la discordia. A este espíritu de cizaña atribuye las cartas particulares que el Santo habia escrito á la Emperatriz Eudisia, y en particular á la Princesa Pulqueria: carta en la que trataba la materia efectivamente con mas profundidad que en las otras, á causa del talento superior de esta Princesa bien conocido de todo el Imperio.

25. Llegando el mal á este estremo, no quedaba mas recurso que el de un Concilio general, no para proscibir el error, que estaba suficientemente proscrito; sino para confirmar mas y mas la fe de la Iglesia, y para hacer la sentencia tan pública y auténtica cual convenia contra los riesgos de la seduccion. Los Obispos y el pueblo Católico, y especialmente el clero de Constantinopla con los monjes y sus archimandritas suplicaron con eficacia al Emperador que proporcionase este auxilio á la Iglesia, en el inminente peligro en que estaba. Instruidos de las intenciones del Papa y de Cirilo su representante, á quienes obedecian de todo punto, presentaron á Teodosio una memoria circunstanciada, en la que espusieron las escandalosas impiedades de Nestorio con las violencias que habia egercido contra muchos de ellos; y rogaron al Príncipe que hiciese reunir un Concilio ecuménico, para estorvar que se derra-



mase mas el veneno de la heregia, esplicándose con mucha energía, citando al Emperador al tribunal del Monarca Supremo, y protestando de su inocencia si salian frustrados sus ruegos (1). Teodosio amaba sinceramente la Religion; y á vista de los temores de todos los buenos comprendió que corria riesgo, condescendió en la celebracion de un Concilio universal, y él mismo lo convocó segun deseaban el Papa y los Obispos.

La noticia de esta convocacion llenó de gozo á todos los Prelados Ortodoxos; y luego que se acercó el tiempo prescrito para reunirse, se pusieron en camino con una celeridad que consternó al heresiarca y á todos sus secuaces (2). Eligióse á Éfeso para el lugar del Concilio, como una ciudad de fácil acceso por mar y tierra, situada por otra parte en un país sano y provisto con abundancia de todas las cosas necesarias á la vida. Eligióse tambien para su celebracion la estacion mas suave y mas cómoda; señalándose en las cartas de convocacion la apertura del Concilio para el dia de Pentecostes, que en este año de 431 caía en el dia 7 de Junio. Apenas se concluyó la solemnidad de la Pascua de Resurreccion, emprendieron su viage los Prelados de mejores intenciones. San Cirilo acompañado de cincuenta Obispos, que con corta diferencia eran la mitad de los de Egipto, llegó á Éfeso cuatro ó cinco dias antes de Pentecostes, á pesar de haber sido difícil la na-

(1) *Concil. Ephes. part. 1. cap. 30. Evagr. lib. 1. hist. cap. 7.*

(2) *Socr. lib. 7 hist. cap. 34.*

vegacion. Juvenal de Jerusalem llegó poco despues con los de Palestina, entre los cuales se hallaba Aspébetes, llamado Pedro en el bautismo, aquel Principe de los Sarracenos convertidos en otro tiempo por San Eutimio, que vino á ser su Obispo. Llamábase comunmente el Obispo de los campos, porque estos Sarracenos ó Árabes del desierto estaban perpetuamente acampados. Flaviano de Tesalónica con los Obispos de Macedonia, y los de la mayor parte de las otras provincias llegaron todos á un mismo tiempo. No concurrieron Obispos Africanos, á causa del lastimoso estado en que se encontraban aquellas provincias por la guerra de los Vándalos; y cuanto pudieron hacer fue enviar al diácono Bésula para manifestar la creencia de sus Iglesias.

Nestorio por su parte salió al instante de Constantinopla con diez Obispos de su partido, así para poner de manifesto su confianza, como por la esperanza que tenia de aumentar el número de sus satélites al paso que fuesen llegando los Padres. Acompañábanle los condes Candidiano é Irenéo: este sin otro carácter que el de su amistad con su Obispo, y aquel con el mando de las tropas que conducia para impedir todo desorden, y para ausiliar con mano armada al Concilio en caso necesario. Mas el Patriarca de Antioquia, protegiendo siempre á Nestorio, y los Obispos Siriacos prolongaron cuanto fue posible su viage (1). Se prorogó por quince dias mas el término señalado por el Emperador; y en lugar

(1) *Evagr. lib. 1. hist. cap. 3.*



del 7 de Junio día de la fiesta de Pentecostes en que debia hacerse la apertura del Concilio, se dilató para el 22. Sin embargo, aun no llegaban los Siriacos: ya la mala fe principiaba á mostrarse, y se concibieron sospechas siniestras de su lentitud y proceder. Entretanto Juan de Antioquía hallándose á cinco ó seis jornadas de camino de treinta que tenia que hacer, escribió á San Cirilo una carta llena de demostraciones de amistad, y deseos de juntarse con él; y aun llegó á enviar delante dos Prelados llamados Alejandro, uno de Apaméa y otro de Jerápolis, ambos Metropolitanos, con el encargo de decirle que no se dilatase mas el Concilio por su causa, y que sin esperarle principiasen á hacer cuanto conviniese.

26. Ya habia en Éfeso mas de doscientos Obispos, de los cuales muchos que eran pobres, y habian llegado mucho tiempo antes, estaban muy incomodados. Cayeron enfermos otros y algunos habian muerto. Se murmuraba altamente contra el Patriarca de Antioquía, el cual decian que temia hallarse en el Concilio para oír la condenacion de un herege sacado de su Iglesia. Añadian, que ya mucho tiempo que podia estar en Éfeso, si hubiera querido, pues otros Obispos habian llegado de mas lejos: que en todo caso, si procedia con rectitud, no debia llevar á mal que principiasen el Concilio sin su presencia, despues de las exhortaciones de los Obispos que habia enviado delante. Se resolvió, pues, la apertura para el 22, en cuyo día se reunieron los Padres en la Iglesia mayor dedicada el día antes á la santísima

Virgen. Cuatro Obispos notificaron jurídicamente á Nestorio, y al mismo tiempo á cinco ó seis Prelados que le acompañaban. El partido hizo una protesta formal contra la apertura del Concilio antes de la llegada de Juan de Antioquía, y la subscribieron muchos Obispos de Asia, Tracia y Siria, entre los cuales firmaron los dos Metropolitanos de Jerápolis y de Apaméa con Teodoreto, que tambien llegó por fin antes que el Patriarca de Antioquía.

27. El conde Candidiano hizo por su parte cuanto pudo para retardar la celebracion; alegando la voluntad del Emperador, que interpretaba á su antojo. Los Padres congregados segun su primera deliberacion, pidieron que les mostrase la orden, y se negó á ello. Pero hablaron los Padres con tanto vigor, é interpretaron tan siniestramente el misterio que se hacia en no enseñarles una orden dirigida á ellos mismos, que el Conde se vió forzado á presentarla. No podia haber cosa mas puesta en razon que lo que el Emperador ordenaba, pues mandaba á Candidiano que asistiese al Concilio solo para favorecerle, é impedir todo tumulto; prohibiéndole muy espresamente mezclarse de ningun modo en las deliberaciones de los Padres, lo cual, dice el Emperador, no se permite á un hombre que no se cuenta entre los Obispos. Por lo demás no decia palabra alguna de dilacion, ni derogaba en cosa alguna lo ordenado en las cartas convocatorias, que fijaban el día de la apertura. Los Padres echaron de ver entonces lo que podian esperar de parte de Candidiano; pero lejos de



desanimarse, se armaron de una magnanimidad verdaderamente episcopal, mostrando mayor celo en proscribir las novedades impías.

28. Retiróse el Conde descontento, y los Obispos dieron principio á la celebracion del santo Concilio. El Evangelio se colocó sobre un trono erigido en medio de la Iglesia hácia el lugar donde estaba la silla ordinaria del Obispo, para representar la asistencia de Jesucristo que prometió hallarse en medio de los pastores congregados en su nombre: espectáculo santo y magestuoso, cuyo tipo presentó el Concilio de Éfeso á todos los posteriores. Los Obispos estaban sentados á los dos lados conforme á la dignidad de su grado. Parece que esta primera sesion, en la que fue condenado Nestorio, el número de los Padres ascendia á cerca de doscientos; pues ciento noventa y ocho subscribieron como presentes su deposicion, y despues de la sesion llegaron algunos que tambien subscribieron. San Cirilo ocupaba el primer asiento como presidente del Concilio por parte del Sumo Pontífice; á lo menos esta es la razon que dan las actas, aunque por otra parte convenia el primer lugar á la dignidad de la Silla de Alejandria. Este Patriarca tenia la preferencia respecto de los demás, y los legados de la santa Sede aun no habia llegado. Despues de San Cirilo se sentaron Juvenal de Jerusalem y Teódoto de Ancira, oradores ó abogados del Concilio, y despues los demás Padres segun la dignidad de sus Sillas.

Así que todos tomaron sus asientos, Pedro sa-

cerdote de Alejandria y el primero de los notarios propuso la acusacion del heresiarca de este modo (1). „Nestorio poco despues de su eleccion ha alterado la paz de la Iglesia con dogmas erróneos; sobre lo cual el piadosísimo Obispo de Alejandria le ha escrito muchas veces para retraerle de sus errores. Con el mismo fin le ha escrito el Sumo Pontífice de la Iglesia Romana Celestino, despues del análisis de los libros impíos que le envió. Estos son los documentos justificativos, cuya simple lectura probará su evidencia.” Mas antes de leerlos, dijo Teódoto de Ancira otro de los oradores del Concilio, es preciso asegurarnos de que se han practicado los medios de derecho para que comparezca el Obispo Nestorio. Los cuatro Obispos que se le habian diputado la vispera, testificaron al punto haber cumplido con esta comision. Procedióse, pues, á otra monicion, en la cual se haria mencion de la primera, y se encargó á otros Obispos que fuesen á intimarla por escrito al acusado. Encontraron la casa donde habitaba cercada de soldados armados con palos en las manos, y les negaron con insolencia la entrada, prestando que entonces estaba reposando. Entretanto habiéndose presentado el Tribuno que mandaba la tropa, y cuyos procedimientos podian tener otras consecuencias en la corte, que los de los simples soldados, dijo á los diputados, que él mismo no habia podido ver á Nestorio, sino que este Patriarca le habia mandado contestar, que no asistiría al Concilio, mientras no lle-

(1) *Tom. 3. Conciliar. pag. 421. et seq.*